

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Christopher Walken. La maldad angelical

Autor/es:
Vidal, Nuria

Citar como:
Vidal, N. (1998). Christopher Walken. La maldad angelical. Nosferatu. Revista de cine. (27):115-117.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41088>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

Christopher Walken

La maldad angelical

Nuria Vidal

El cazador (1978) filmearekin Oscar saria irabazi zuenetik, Christopher Walken-ek Gaiarkiaren forma guztiak antzeztu ditu. New Yorkeko gaua menperatzeko prest dagoen garrantzi txikiko mafiosoarena, hiri-gaueko banpiro intelektualarena, gizonen jelskor dagoen arkanjeluaarena, eskrupulorik gabeko psikopataarena edo dantzari asaldatzailearena. Bere figura nabariki arraroak amerikar zinearen hoge urte bete ditu eta guztietan zehar ez da bere itxura ia batere aldatu. Hainbat aldiz antzeztu duen deabruak berarekin behin-betiko ituna egin izana ematen duela esan liteke.

Retrato de dos caras

Una descripción naturalista de Christopher Walken nos daría el siguiente retrato: un hombre de cincuenta años, alto, de claros ojos azules, rubio cabello y apariencia tranquila. Estas palabras nos dan una imagen sin duda verdadera del actor. ¿Por qué, sin embargo, al verle en el cine, estos mismos rasgos se revelan prácticamente falsos?

Cincuenta años, 54 para ser exactos, de acuerdo, pero en realidad su aspecto es el de alguien sin edad, alguien que siempre ha sido igual a sí mismo, como si hubiera hecho un pacto con el diablo para no envejecer nunca, sin que por ello se tenga la sensación de una eterna juventud. La verdad es que Christopher Walken nunca fue joven: siempre ha sido como es.



Alto, sin duda, aunque no se pueda decir que es un hombre grande, su aspecto produce la impresión de fuerza sobrehumana, una fuerza que se desprende no de sus músculos, sino de su persona en conjunto, como si tuviera alrededor una especie de aura engrandecedora que llena las pantallas cuando él aparece.

Claros ojos azules. Es evidente que sus ojos son azules, pero no de ese azul esperanzador y cotidiano que produce confort. No, sus ojos tienen un azul pálido, glauco, perverso y gélido. Ojos que ven más de lo que parece, que atraviesan el alma de sus oponentes, que llegan hasta las raíces sin dejar en cambio desvelar nada de lo que sucede detrás de ellos. Ojos velados a cualquier intimidad o sentimiento.

Rubio cabello, casi siempre, aunque no tiene reparos en transformarlo en blanco impoluto o en negro ala de cuervo, sin que por ello su cabellera, mejor dicho su cabeza, pierda ni un solo rasgo de solidez, de fisicidad, casi de casco protector, normalmente peinado liso hacia atrás, sin ninguna concesión a las ondas o a la ligereza del viento.

Aspecto tranquilo con la tranquilidad de la serpiente, la tranquilidad del que sabe que tiene en sus manos las riendas de la situación, la tranquilidad del vampiro con su piel transparente, tan pálida que se ven las venas de su sangre circulando. Un aspecto tan tranquilo como amenazador.

Éste es un retrato robot de Christopher Walken actor, un retrato que explica el por qué le proponen casi siempre papeles de malo, de diabólico, perverso, cruel, un retrato que justifica el que confiese en algunas entrevistas con tono compungido: "*Una vez me quejé a un amigo mío de que siempre me ofrecieran personajes auténticamente detestables;*

le pregunté: '¿Por qué crees que siempre me dan estos papeles?'. Y él me contestó: 'Porque eres muy bueno haciéndolos, es tan simple como eso'".

Lo otro es malo

Efectivamente Walken es bueno haciendo de malo, o quizás sería mejor decir, haciendo del "otro", ese otro que casi siempre es maligno porque va contra las reglas, contra lo establecido, contra la moral, contra lo que debe ser. Ya sea un mafioso de poca monta, un gángster de gran estilo o el jefe de un clan de delincuentes, ya sea un aristócrata veneciano aburrido de su vida, o un arcángel celoso del hombre, ya sea un pervertidor de jovencitas inocentes o un padre sin escrúpulos. Todos sus personajes le sitúan al otro lado, no sólo de la ley de los hombres, sino de la ley de Dios. Incluso cuando quiere ser bueno, no puede llegar a serlo. Sus ojos no le dejan.

Walken es un misterio, "*un alien*", decía el director y periodista Chris Petit -**Vuelo a Berlín** (1984)- en una de las mejores entrevistas que le han hecho nunca a Walken. Un hombre que se mueve en ese espacio indefinido de la *twilight zone* donde psicópatas, arcángeles, seres diabólicos, encuentran su lugar idóneo. Un hombre del que se sabe muy poco, que vive aislado del fasto de Hollywood, un neoyorquino clásico al que le molesta el hecho de que vaya donde vaya "*la gente me mire como si fuera Drácula*". Un Drácula tan especial y único como el que encarnó en **The Addiction** (1996), su segunda colaboración con Abel Ferrara, un vampiro urbano, que uno puede encontrar en cualquier esquina. Pero él no hace nada por alimentar esa leyenda. Al contrario. En todas sus entrevistas intenta ofrecer un aspecto de normalidad absoluta. Y la tiene.

Walken nació en Queens, Nueva

York, el 31 de marzo de 1943. Su madre encarriló a sus tres hijos hacia el mundo del espectáculo desde muy pequeños, presentándolos en agencias de publicidad y en programas de televisión. Walken comenzó a posar y a actuar a los 7 años. Primera razón para ser un *alien*: nunca fue un niño normal, dejó la escuela del barrio, entró en una escuela especializada y comenzó a trabajar siendo niño. Lo que más le gustaba era bailar y cantar, y a los 18 años debutó en Broadway. Que canta y baila muy bien lo descubrimos años más tarde en el memorable número de **Dinero caído del cielo** (1981); su *striptease* en la barra ha quedado como uno de los momentos antológicos de la historia del cine, y su capacidad para llevar el ritmo, incluso para convertir en un ballet sin música sus interpretaciones, quedó de manifiesto en **King of New York** (1990). Ya antes había participado en un baile memorable, el de la boda de **El cazador**, el título que le lanzó a la fama en 1978 dándole el único Oscar que ha ganado. Allí, en una secuencia inolvidable, que ocupa casi un tercio de la película, Walken demostraba que sabía bailar junto a una Meryl Streep fascinada por sus ojos aún inocentes, ojos que aún no habían visto el horror del Vietnam, que aún no habían llegado al profundo infierno de la ruleta rusa. Fue bailando precisamente como conoció a la que es su mujer desde hace casi 30 años, Georgianne, cuando los dos participaban en una gira de *West Side Story*. En esto también es un *alien*: un actor que vive con la misma mujer tantos años, que no tiene hijos pero tiene tres gatos, es francamente un bicho raro en Hollywood. Claro que Walken no pertenece a Hollywood, pertenece a Nueva York, al teatro y a las calles de la ciudad de los rascacielos, donde se siente más cómodo que en las avenidas de palmeras de Los Angeles. El teatro, clásico o musical, fue su formación. Walken, como Dafoe,

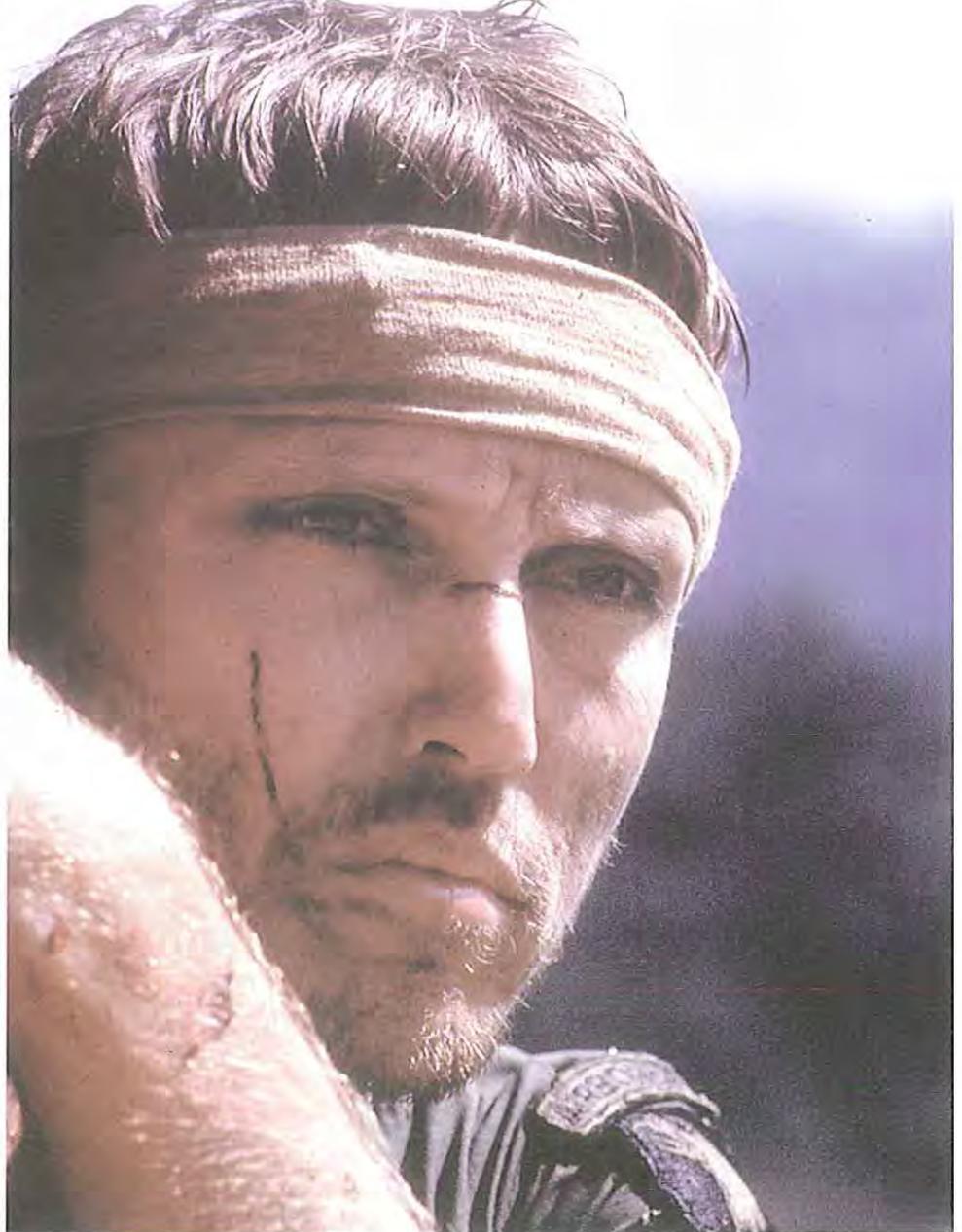
con el que tiene muchos puntos en común -entre otros el de hacer siempre, o casi siempre, papeles de malvados sin escrúpulos- disfruta con la escena mucho más que con el cine. De hecho, para este hombre que empezó a trabajar a los 7 años, el cine llegó a su vida muy tarde.

Inquietar ante todo

Su primera aparición fue a los 29 años en **Supergolpe en Manhattan** (1972). No volvería a llamar la atención del público hasta 1977, cuando Woody Allen le convirtió en el inquietante hermano de Diane Keaton en **Annie Hall**. Un año después, a los 34 años, le llegaba la consagración: Nick en **El cazador**, de Michael Cimino. Parecía que después de este papel, su carrera iba a lanzarse directamente al estrellato. Pero volvió a surgir el *alien* que lleva dentro. Renunció a papeles que no le gustaban y siguió fiel a sus amigos: Cimino en **La puerta del cielo** (1980), Cronenberg en **La zona muerta** (1983), Foley en **Hombres frente a frente** (1986). Y en 1990 se encontró por fin delante de otro *alien* tan extraño, malvado y atractivo como él: Abel Ferrara, un hombre tan pálido como él, tan oscuro en sus intenciones como él, tan inclasificable como él. Ferrara le convirtió en "el Rey de Nueva York" (**King Of New York**), cinco años más tarde le hizo el rey de la noche vampírica en **The Addiction** y un año más tarde le eligió como jefe del clan de **El funeral** (1996), un film donde se habla de Ética, de Moral con mayúscula, la que obliga a mantener un Código de Conducta, a hacer lo que hay que hacer, no lo que se debería hacer.

El último ángel

El mismo año en que Ferrara lo convertía en Peina, el vampiro de



la noche urbana, Walken aceptó hacer un papel en una primera película titulada **The Prophecy** (1995), dirigida por Gregory Widden. ¿Qué le impulsó a aceptar trabajar en este film, menor y dirigido por un desconocido guionista? Probablemente su personaje: el Arcángel San Gabriel. ¿Por una vez, el eterno malvado iba a hacer de ángel? Sí, pero cuidado, no de ángel bueno. Quizás una de las cosas que le atrajo de esta historia fue el hecho de que fueran los ángeles Gabriel, Uziel y Simón los malos de la historia, reservándose el papel de ¿bueno? para un Lucifer espléndido que no quiere ver el infierno invadido de pesados ángeles caídos. Eso y el hecho de trabajar en un film lleno de *outsiders* como él: Elias Koteas, el habitual protagonista de Egoan,

metido a policía con pasado religioso y visiones insoportables; Eric Stolz, con su cara de ángel -nunca mejor dicho- y su capacidad para robar almas; Viggo Mortensen, candidato inequívoco a recibir el cetro de actor condenado a papeles de malo por su físico perversamente atractivo, y Virginia Madsen, actriz que por una vez no es la mala, sino la buena, si es que hay buenos y malos en esta delirante guerra del cielo con reflejo en la Tierra donde el Mal se alberga en el alma negra de un militar, veterano de la guerra de Corea (habría sido bonito que fuera de Vietnam y así el Nick de **El cazador** habría ajustado las cuentas con su pasado), que al final queda libre de volar para encarnarse en cualquier otro ser dispuesto a ello.